

La falta y el castigo

Nilia M. de Reyes.

Filósofa de la Universidad Javeriana.

Magíster en Literatura.

Docente de “Ética de las Empresas y de las Organizaciones” en el Diplomado en Alta Gerencia.

“Aquí entra el delito, no el hombre”, es una frase que se lee al entrar en una cárcel de Colombia y esta suena bien al oído, tiene ritmo, tiene presencia, parece estar llena de toda la justicia y las buenas intenciones de que el ser humano es capaz; pero si la examinamos más detenidamente, veremos que es una frase que nunca se debió haber escrito porque su afirmación es liviana, es cruel, es mentirosa, es utópica, es decir, absurdamente absurda.

Nunca podremos separar al hombre de sus actos buenos o malos, heroicos o malvados, más aún, nunca tendremos la certeza de la culpabilidad de ese hombre que entra por las puertas pesadas y tenebrosas de una cárcel, porque así lo hallamos visto empuñar un arma y apuntar directamente a la cabeza de otro, para enseguida disparar, no podemos saber qué desespero, qué momento de locura lo llevó a cometer ese acto, es decir, jamás conoceremos verdaderamente la causa que produjo tal efecto; y más aún, si hablamos de lo que creemos ver y lo que realmente vemos, de los diferentes puntos de vista con que se miran las cosas, ya sea desde el ámbito material o moral, podemos fácilmente dudar o equivocarnos totalmente. Si tenemos en cuenta la luz, los efectos ópticos, la visibilidad,

lo que no se oyó, lo que no se dijo, el cansancio, la cultura que nos determina, la religión que nos atemoriza, la superstición que no se aleja, las palabras que nos engañan, los prejuicios que nos invaden, podría afirmarse que la verdad y la justicia llegan a ser solo conceptos abstractos que en la vida real son imposibles de conocer y de aplicar.

Juzgar y condenar es muy fácil, pero juzgar bien y condenar justamente es bien difícil, pues no más mirándolo desde el punto de vista temporal, podríamos decir que el sentir del hombre cambia continuamente; hemos descubierto que los conceptos han sido tan manipulados y cambiados que ya no conocemos el verdadero significado de ellos —tal vez nunca lo hallamos sabido— pues siendo la palabra una construcción humana, su significado es subjetivo y cambiante. Si hablamos desde el punto de vista espacial, todos sabemos que de una región a otra, de un país a otro, de un continente a otro, cambian las maneras de pensar, las expresiones, los dichos; una acción juzgada en un contexto como mala, en otro contexto puede ser juzgada como heroica.

Somos muy dados a juzgar y a condenar desde nuestra moral, desde lo que somos y desde lo que deseamos; calificamos rigurosamente al que no piensa y

actúa como nosotros; hacemos de “lo que nos parece” un imperativo categórico que margina al que no lo comparte y por eso a veces es necesario reflexionar acerca de la legitimidad que tiene el hombre para juzgar y condenar a su semejante y con más énfasis, cuando no se trata ya de una posición personal, sino cuando se relaciona con las esferas de poder y se tiene capacidad legal para juzgar y castigar.

Esta reflexión estará dividida en tres partes: Una primera, **el hombre**, que es la que podríamos llamar antropológica, tratará de dar razón desde la filosofía, de la manera ambigua y cambiante con que el hombre generalmente actúa, de sus temores, de lo que es capaz, de su sino trágico y violento y de los conflictos que habitan dentro y fuera de él. Una segunda parte, **lo bueno y lo malo**, es un recorrido histórico —no lineal—, que haremos de la mano de Nietzsche y donde conoceremos el verdadero origen de los conceptos bueno y malo, las diferentes formas como han sido valorados una y otra vez y lo que representan en la actualidad. La tercera y última parte, **el castigo**, donde veremos que la crueldad es uno de los mayores goces de la humanidad y donde podemos constatar lo incierto de nuestros juicios de valor y por lo tanto del valor de nuestros juicios. Las partes dos y tres, están sustentadas e inspiradas en la obra de Federico Nietzsche, especialmente *La Genealogía de la moral, Más allá del bien y del mal y Así hablaba Zaratustra*,

1. El hombre.

Desde los albores de la humanidad, el sentimiento de superioridad del hombre sobre otras especies, posiblemente condujo a éste a medirse con respecto a los otros en su vida en comunidad. La palabra alemana que designa **hombre**, *Mensch, manas*: “animal tasador en sí”, lo determina como eterno tasador, donde su comparación y su medida será siempre “el otro hombre”, pero medido desde su punto de vista particular y profundamente arraigado. El tasar como un modo de emergencia de lo humano,

acabó siendo transportado a los valores de la vida en comunidad, cuando se necesitó domeñar la fuerza vital de cada miembro de la especie que le había permitido ascender en la lucha por la supervivencia, pero que amenazaba convertir a la comunidad en una forma de extinción. El cuantificar, deuda, derecho, contrato, obligación; fundamentó una idea de justicia basada en un ponerse de acuerdo entre iguales para evitar daños innecesarios, pero que poco a poco, se fue convirtiendo en balanza donde de un lado se ponía al infractor con su culpa, y del otro la moral; esta operación tendía a medir, cuánto faltó en el comportamiento de un hombre, o lo que es lo mismo, a medir cuánta es su culpa.

La vida en comunidad se basa en un equilibrio que es garantizado por la capacidad de acuerdo de cada individuo, el cual debe entregar parte de su soberanía y entablar determinado tipo de conducta hacia los otros. Quien no obra de acuerdo a este modo, adquiere una deuda, o mejor dicho, se hace culpable y es allí, donde la comunidad reclama su paga en una condena. Pero... ¿Quién determina lo que es bueno o lo que es malo? ¿Quién decide el monto de la deuda? ¿Quién posee el derecho a castigar? ¿Quién detenta el poder? ¿El hombre? ¿La comunidad?

En principio, los conflictos de interés entre los hombres fueron solucionados mediante el recurso a la fuerza. Con la adopción de las armas, la superioridad intelectual ya comienza a ocupar la plaza de la fuerza muscular bruta, pero el objetivo final de la lucha sigue siendo el mismo: por el daño que se le inflinge o por la aniquilación de sus fuerzas, una de las partes contendientes ha de ser obligada a abandonar sus pretensiones o su oposición. Este objetivo se alcanza de una manera más completa cuando la fuerza del enemigo queda definitivamente eliminada, es decir, cuando se le mata. Tal resultado ofrece la doble ventaja de que el enemigo no pueda iniciar de nuevo su oposición y de que el destino sufrido sirva de escarmiento a otros que quieran seguir su

ejemplo. En un momento dado, se opone la consideración de que respetando la vida del enemigo pero manteniéndolo atemorizado, podría emplearse para realizar trabajos útiles. Así *la fuerza*, en lugar de matarlo, lo subyuga.

Por consiguiente esta es la situación original: domina el mayor poderío, la fuerza bruta o intelectualmente fundamentada. Sabemos que este régimen se modificó gradualmente en el curso de la evolución; que algún camino condujo de *la fuerza al derecho*; pero...¿cuál fue ese camino? Solo pudo ser uno: el que pasa por el reconocimiento de que la fuerza mayor de un individuo puede ser compensada por la asociación de varios más débiles: *la unión fait la force*. La violencia es vencida por la unión; el poderío de los unidos —la comunidad— representa ahora el derecho, en oposición a la fuerza del individuo aislado.

Las leyes de esta comunidad determinan entonces en qué medida cada uno de sus miembros ha de renunciar a la libertad personal de ejercer violentamente su fuerza para que sea posible una segura vida en común; pero esta situación pacífica solo es posible teóricamente, pues en la realidad es complicada por el hecho de que desde un principio la comunidad está formada por elementos de poderío dispar, por hombres, mujeres, hijos y padres, y al poco tiempo a causa de guerras y conquistas, también en vencedores y vencidos que se convierten en amos y esclavos. El derecho de la comunidad se torna entonces en la expresión de la desigual distribución del poder entre sus miembros; las leyes serán hechas por y para los dominantes y concederán escasos derechos a los subyugados.

Lo delicado de la situación se presenta cuando vemos que el hombre no solo destruye la vida del otro para proteger su vida y la de su familia o para alimentarse —como lo hacen los animales— sino que pareciera que disfrutara con esa destrucción: a mayor dolor inflingido, mayor goce. Esta es la verda-

dera naturaleza humana, y por eso, la legitimidad de la fuerza, el poder para decidir lo que es bueno y lo que es malo, el derecho a castigar al que *no es bueno*, la autoridad para emitir *juicios morales*, son armas peligrosas en las manos de un hombre que vive en la tierra y sufre y ama y odia y desea, pero al que siempre se le ha dicho que tiene origen divino.

2. Bueno y Malo.

Los conceptos *bueno y malo*, han recibido diferentes valoraciones a través de la historia y los juicios de valor han ido cambiando según sea el rasgo característico de la clase dominante; lo que ayer era visto como bueno, hoy puede ser malo, por lo cual sería pertinente conocer el origen de estos dos términos. Para averiguar la procedencia del concepto y el juicio "*bueno*", es útil recorrer el camino que hizo Federico Nietzsche en *La Genealogía de la moral*, sobre el origen de las valoraciones, donde de manera explícita establece una diferenciación entre las antítesis valorativas en su origen, que designan y diferencian las castas, los estamentos sociales y las valoraciones morales, que emergen cuando las primeras adquieren un sentido ya no estamental. En el primer caso, la valoración no establece contraposición de la fuerza que así se autoafirma contra otra, que resultaría su opuesta; establece un *pathos de la distancia*. En el segundo caso, la valoración adquiere el carácter de la oposición de fuerzas, y es allí donde se consuma la transformación del concepto de preeminencia política, en un concepto de preeminencia anímica.

Nietzsche devela el proceso de tal transformación a través de las modificaciones de sentido de las palabras; éstas que en su origen tienen como finalidad designar las castas, es decir, nombrar las fuerzas aludiendo a elementos externos, y que por lo mismo, no poseen un carácter simbólico, adquieren significaciones diferentes en el proceso mismo de su interiorización, originando así en un momento histórico determinado, las valoraciones morales.

Etimológicamente, todas las designaciones en diferentes lenguas remiten a una metamorfosis conceptual idéntica, es decir, que *lo bueno* se originó en todas partes de *lo noble* o *lo aristocrático* y que este sentido marcha paralelo al otro que hace de *lo vulgar*, *lo plebeyo* o *lo bajo* que originaron el concepto de *lo malo*. Además, las raíces que designan *bueno* tienen un doble componente: el de superioridad en que se apoyaban los ricos o propietarios, y de *veráz*, que consideraban un rasgo típico de su carácter y que se convirtió en el distintivo de la aristocracia. “*Nosotros los veraces*”...*este es el nombre que se daban a sí mismos los nobles de la antigua Grecia.*¹ Vemos entonces que originalmente la palabra noble significa *el veráz, alguien que es, que tiene realidad, que es real, que es verdadero*; es aquí cuando la metamorfosis conceptual hace su aparición, dándole por primera vez a la palabra *bueno*, el sentido de *aristocrático*. El bueno en ese sentido, es superior, se contrapone al *malo*, quien recibe ahora una mirada de soslayo por parte del que realiza la acción buena.

Para Nietzsche, el juicio *bueno* no procede de aquellos a quienes se dispensa bondad; por el contrario, los valores fueron creados por los poderosos, los nobles, los de posición superior, quienes se valoraron a sí mismos y valoraron su obra como *buenas*, enfrentando esto con lo bajo, lo vulgar o lo plebeyo, que consideraron *malo*, constituyéndose así el **pathos de la distancia** que es el dominio de un sentimiento por parte de una especie que se consideraba superior en su relación con otra, a la que consideraban inferior. Originariamente, la palabra *bueno* se refería al hombre de cabeza rubia, al colonizador que se había apoderado de todas las riquezas, a aquel que era el dueño. Por lo tanto, el hombre vulgar era el negro, el de piel oscura, de cabellos negros. Este es el momento donde el desprecio por parte del noble, aquel que realiza acciones buenas—empieza a crear esa tensión que va cambiando la relación: el hombre superior realiza acciones de acuerdo a un carácter anímico; pero estas acciones

no van a ser tomadas como útiles y buenas por parte del plebeyo, pues la va a recibir con resentimiento hacia el que la hace, pues posee un bien; no hay aceptación de la distancia que existe y que el noble desea a toda costa mantener. La moral noble nacida del **pathos de la distancia** es una moral de jerarquía, de los estados de alma soberbios, elevados. La moral de los señores opera con la contraposición *bueno-malo*; *bueno* es lo que eleva al individuo, le da nobleza a la existencia, es el héroe, el guerrero. Es una moral caballeresca. Cuando el concepto de *bueno y malo* pasan de ser una concepción política para convertirse en una anímica, la interpretación del latín *bonus* en el sentido de *guerrero, el varón de la disputa*, pasa, por mediación de la casta sacerdotal, a ser *el puro* como lo contrario a *impuro*.

La manera sacerdotal de valorar puede ser la antítesis de lo caballeresco-aristócrata; la casta de los sacerdotes y la de los caballeros se enfrentan por celos. La debilidad física que generalmente era la condición para que una familia noble designara cual de sus hijos sería el dedicado al sacerdocio, ha hecho de estos elegidos seres envidiosos y decididos a acabar con aquellos que poseen la fuerza física — los guerreros—; además de los triunfos en las batallas y en el amor. Los sacerdotes son los enemigos más malvados por su impotencia, y su peligro no radica en la fuerza de las armas sino en el pensamiento; a causa de su impotencia, el odio crece hasta convertirse en algo monstruoso y siniestro, lo más espiritual...y venenoso. La casta sacerdotal fue la primera en diferenciar los conceptos *puro e impuro*, dándole a este último esa mirada de soslayo que quería acuñar la nobleza en el momento en que se dio la bien llamada “metamorfosis conceptual”. *El puro*, es desde el comienzo, meramente el hombre que se lava, que se prohíbe ciertos alimentos causantes de enfermedades de la piel, que no se acuesta con las sucias mujeres de pueblo bajo, que siente asco por la sangre. ¡Nada más, no mucho más!. Pero no solo quedan ahí los conceptos de *puro e impuro*: se ve una crítica a los estamentos, a la jerarquía que

¹ Nietzsche, Federico, *Más allá del bien y del mal*, pág. 223.

ha aprovechado su posición dominante para calificar una serie de acciones de acuerdo a su interés o a lo que se podría llamar *un estado anímico*.

Es esa casta sacerdotal, la que llevó a pensar antítesis valorativas en los hombres (es decir las acciones que corresponden a los plebeyos) y por lo tanto, a crearlas. Este comportamiento se debe a esos hábitos que están apartados de actividades diarias — debilidad y neurastenia intestinales que atacan a los sacerdotes y para lo cual ellos han inventado un remedio para su condición enfermiza: ayuno de carne, abstinencia sexual, huida al desierto como ideal ascético, flagelaciones, mutilaciones...— dejando rodar la imaginación y el pensamiento, de donde surgen ideas que son la raíz del problema. Se podría decir que estas ideas llevaron a la casta sacerdotal a pensar esas antítesis valorativas en los hombres que viven en una cotidianidad. Pero el remedio fue peor que la enfermedad, pues es ese remedio el que nos lleva a actuar de manera doble, cometiendo una acción para luego utilizar el antídoto contra las acciones malas.

El fin es llegar a Dios “la aspiración a una *unio mystica* con Dios”, es la única aspiración. En la casta sacerdotal toda acción se vuelve peligrosa, todo pensamiento pecaminoso; esa pretensión de vida mística les da la posibilidad de ser seres *esencialmente peligrosos*. El ideal de vida ascética los lleva a guardar en sí los más profundos odios y por lo tanto, cualquier forma de cura o de sentimiento que les pertenezca, hace que la existencia humana — aquel hombre de vida cotidiana—, se convierta en *un animal interesante que ha alcanzado profundidad y se vuelve malvado*. Pero esa bondad del hombre, contrapuesta con la bondad del sacerdote, adquiere el sentido que usualmente usamos: ya no es esa diferencia entre el noble y el plebeyo, sino que pasa a ser el hombre que comete una acción mala o una acción buena, bajo la mirada torcida e implacable de una casta sacerdotal enferma.

*Ese pueblo sacerdotal que no ha sabido tomar satisfacción de sus enemigos y dominadores, más que con una radical trasvaloración de los valores propios de estos, es decir, por un acto de la más espiritual venganza. Esto es lo único que resulta adecuado precisamente a un pueblo sacerdotal, al pueblo de la más refrenada ansia de venganza sacerdotal.*²

¿En qué consiste esa trasvaloración de los valores? Consiste en que ahora se llama malvado al que antes era bueno; ahora se llama malvado al poderoso, al violento, al que ataca de frente, al lleno de vida. En cambio se llama bueno al que antes era malo, esto es, al hombre bajo, simple, indigente, enfermo. Pero todavía nos falta hablar de un tercer momento para que la historia o genealogía de las palabras *bueno y malo*, queden completas. Según Nietzsche los judíos fueron los que se atrevieron a invertir la identificación aristocrática de los valores: **bueno=noble=poderoso=bello=feliz=amado de Dios**, y desde ahí hasta hoy: los miserables son los buenos, los pobres, los impotentes; los bajos son los únicos buenos. Los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes, los pobres de espíritu son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios. Únicamente para ellos existe bienaventuranza. *“Ahora los nobles y violentos son los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, los eternamente desventurados, los malditos, los condenados”*³

Con los judíos comienza en la moral *la rebelión de los esclavos* que tiene una larga historia que ha resultado vencedora. De la venganza y el odio judío, odio creador de ideales, modificador de valores, brotó un nuevo amor, no como antítesis sino como su corona, su arma de seducción luminosa; amor que persigue las metas del odio con el mismo afán con que ese odio se hundía con radicalidad en todo lo que poseía profundidad y era malvado: los sacerdotes. Jesús de Nazareth, personificación de ese amor redentor que trae la bienaventuranza y la gloria a

² Nietzsche, Friedrich, *La Genealogía de la Moral*, Madrid, Alianza Editorial, 1978, pág. 39.

³ *Ibid*, pág. 45.

los pobres, enfermos, pecadores, es también la seducción y el desvío hacia aquellos valores e innovaciones judías del ideal; con él han alcanzado su meta. La crucifixión de Jesús forma parte de una política de venganza; Israel clava en la cruz a su instrumento de venganza a fin de que sus adversarios comieran de ese cebo. La fuerza atractiva, embriagadora, corruptora de la imagen de Dios en la cruz para la salvación de los hombres, ha sido el signo bajo el cual Israel y su trasvaloración de todos los valores, han venido triunfando.

Jamás pueblo alguno tuvo misión más grande en la historia: crucificar al hijo de Dios para que en todos los hombres anidara desde el primer día de su vida hasta el último, ese sentimiento de culpa que no le deja vivir en paz, ese sentimiento que lo hace culpable de la muerte del hijo de Dios y por lo tanto **deudor**. El triunfo de la moral del rebaño sobre la moral del hombre noble no solo ha invertido la jerarquía de los valores, sino que ha transformado profundamente la experiencia de la existencia del hombre. Las valoraciones del hombre fuerte, fundadas en centros de poder que en sí mismos son acciones, han sido desprestigiadas por las valoraciones del pueblo que, en un lento proceso desplegado a lo largo de dos milenios, ascienden a la cima de la moral y se autocalifican como lo bueno, lo justo y lo verdadero.

Ante el poder avasallador del ave de rapiña, símbolo del hombre fuerte, la única opción que encuentra el cordero en esta tierra es la de crear un espacio de ficción en otro mundo en el cual los dolores infringidos por aquél sean vengados. Sin embargo, a la par de la construcción de los ideales de justicia en otro mundo, el débil invierte los valores *bueno y malo*, para así justificar la pertinencia del **castigo** al infractor de los valores representativos del *bien*. La inversión de estos valores no solo se convierte en un hecho moral, en el sentido abstracto del término, sino que transforma, tal y como ya se ha dicho, la experiencia de la existencia. Mientras el

noble y poderoso, *el bien nacido*, concibe la felicidad desde sí mismo, es decir, en relación con su propia actividad, y no en relación con la infelicidad del otro —el débil—, el pueblo construye su ideal de plenitud y bienaventuranza de tal manera que es inversamente proporcional al dolor y sacrificio de su enemigo —el hombre poderoso—. ⁴

El noble expresa su felicidad en la actividad espontánea y directa que solo tiene como objeto a sí mismo. En forma diferente, el impotente construye un ideal de felicidad que se caracteriza por la pasividad y la reserva de los impulsos y por la reacción de ésta con el dolor del enemigo. El hecho de reservar y contener permanentemente sus instintos, convierte al débil en una especie de guarida de sentimientos innobles:

“...el hombre del resentimiento no es ni franco, ni ingenuo, ni honesto y derecho consigo mismo. Su alma mira de reojo; su espíritu ama los escondrijos, los caminos tortuosos y las puertas falsas, todo lo encubierto le atrae como su mundo, su seguridad, su alivio; entiende de callar, de no olvidar, de empequeñecerse y humillarse transitoriamente.” ⁵

La experiencia del hombre reservado por su mismo carácter y naturaleza, conduce necesariamente a la construcción de categorías explicativas del mundo que invierten los valores. La debilidad, apoyada por la inteligencia y la razón constructora de ideales, termina autojustificándose y negando el valor de la fortaleza; el ejemplo más claro de esa situación se puede encontrar en la descalificación que los corderos hacen del ave de rapiña. Mientras el ave de rapiña ama a los corderos y no los ve como sus enemigos, éstos ven en ella a un gran enemigo, descalifican su fuerza y construyen ideales en los cuales esperan poder vengar el dolor producido por ella y castigar su maldad. Concebir que el poderoso es malvado significa a su vez que los valores nobles, guerreros, son considerados malos

⁴ En plena concordancia con esta afirmación, Nitzche cita a Santo Tomás de Aquino quien afirma que: “*Los bienaventurados verán en el reino celestial las penas de los condenados, para que su bienaventuranza le satisfaga más*”. Cfr. Op. Cit. #15, págs. 56-58.

⁵ *Ibid.* Pág.45.

en oposición a los valores buenos del hombre débil. Los valores se invierten, lo noble y bueno es catalogado como malo y malvado y lo débil y vulgar se convierte en el paradigma del *bien* y de lo *bueno*. El afán por sobrevivir, la preocupación natural por subsistir y la carencia de fuerza se justifican estratégicamente gracias a la inteligente trasvaloración de lo *bueno* y de lo *malo*. Pero los valores se invierten y la maldad se **castiga** porque otra invención ha sido postulada como verdad.⁶ Solo la existencia de una entidad sustentadora de las acciones, de un substrato a partir del cual puedan explicarse los actos del hombre, posibilita enjuiciar como *bueno* o *malo*, moralmente hablando, cualquier acción humana. Basados en la ficción de un yo, de una instancia de carácter metafísico que cuenta con poder de decisión, los hombres débiles inventan la responsabilidad y en relación con ella, **la culpa** y la necesidad de expiación.

3. El castigo.

Como hemos visto hasta ahora, los seres libres, escogidos, raros, espontáneos, son dañinos y peligrosos porque bajo el dominio de la moral de las costumbres, toda originalidad supone intranquilidad de conciencia. La imaginación oscura de carceleros y mendigos han dirigido hasta hoy la educación de la humanidad y la han educado muy bien: han educado un animal al que le es lícito hacer promesas.

“Cada uno lleva ahora innata en sí la necesidad de obedecer, cual una conciencia formal que ordena: <<se trate de lo que se trate, debes hacerlo incondicionalmente, o abstenerse incondicionalmente>>, en pocas palabras <<tú debes>>.”⁷

Ante la capacidad de olvido del hombre, que no solo es una fuerza inerte sino —y muy especialmente— una fuerza positiva y activa, el hombre ha desarrollado una facultad contraria a ésta, una memo-

ria de la voluntad que no le deja olvidar, que lo marca, que lo limita, que lo compromete; del originario *yo quiero* ha pasado al *yo debo*, y al hacerlo, ha empeñado mucho más que su palabra. Para poder hacer promesas, el hombre ha tenido que volverse *calculador*, *regular*, *necesario*, en contraposición al *laissez aller* (dejarse ir), se ha sometido a la tiranía de leyes arbitrarias, a la coacción, y por eso, ese animal magnífico, impredecible, leve, para comprometer su presente y su futuro por medio de *la promesa* “...**tuvo que oprimir ahogada y corrompida una cantidad grande e irremplazable de fuerza y de espíritu**”.⁸

Para poder hacer promesas, es necesario ajustarse a la regla, dejar de ser lo que se es, para ser lo que se debe ser; lo esencial es obedecer durante mucho tiempo y en una sola dirección, porque es esa prolongada falta de libertad del espíritu, ayudada por la eticidad de las costumbres y por el tiempo, lo que hace que el hombre desarrolle un proceso en el cual, a manera de transferencia, por medio de un instinto de falseamiento de lo real, se construye al *hombre soberano que mantiene su palabra*, al hombre necesario, predecible, determinado, igual. El **ser libre**, no es ya el nido de fuerzas ocultas, inagotables, sin límite, que pugnan por expresarse, por estar en continuo hacerse, en interna renovación; hoy, el **ser soberano** es el que creyéndose libre mantiene su palabra a costa de cualquier cosa, aún en contra del destino o de él mismo porque para él, lo importante es sentir y saber cuánto temor, cuánta confianza, cuánto respeto inspira, y desde esa perspectiva, tiene su medida del valor: juzga, califica, afirma, niega, **condena**. “**Llamaron Dios a lo que les contradecía y les producía dolor...y no sabían amar a Dios, sino crucificando al hombre**”.⁹

En el hombre habita un inmenso deseo de someterse a un proceso de crueldad para con el otro y aún

⁶ Las ficciones que terminan siendo afirmadas como certezas indubitables y fundamentales son la expresión de lo que Vattimo, a partir de la reflexión del propio Nietzsche, ha denominado “máscara mala”. Cfr. VATTIMO, G. *El sujeto y la máscara*. Barcelona, Península, 1989.

⁷ Nietzsche, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, 1.992, pág. 128.

⁸ *Ibid.*, pág. 138.

⁹ Nietzsche, Friedrich, *Así hablaba Zaratustra*, Editorial Panamericana, pág. 101.

para consigo mismo; a un continuo masoquismo que se inicia con los sacrificios humanos de las antiguas religiones, hasta llegar al período moral de la humanidad en el que se sacrificaba a su dios, los instintos más fuertes que poseía: su naturaleza. Los pueblos primitivos sacrificaban los cuerpos; los cristianos sacrifican el alma, la razón, la energía; siempre hay algo que sacrificar, algo que pagar, algo a lo que se debe renunciar, algo que nunca se debe olvidar: **“Para que algo permanezca en la memoria se lo graba con fuego; solo lo que no cesa de doler permanece en la memoria”**.¹⁰

Cuando la viviente y natural capacidad de olvido, la que le daría la felicidad parece apoderarse del hombre, él mismo trata por todos los medios posibles de recordar, de grabar en su memoria, con el sentimiento de culpa que lo atraviesa, con el temor que lo domina, las cosas que *debe recordar*.

“Cuando el hombre consideró necesario hacerse una memoria, tal cosa no se realizó jamás sin sangre, martirios, sacrificios; los sacrificios y empeños más espantosos, las más crueles formas rituales de todos los cultos religiosos. Todo esto tiene su origen en aquel instinto que supo adivinar en el dolor, el más poderoso medio auxiliar de la nemónica”.¹¹

Con la ayuda sangrienta de ese dolor se logra grabar en la memoria, *lo que se debe hacer* para no salirse jamás de la línea trazada; para poder ser parte del rebaño; para poder ser aceptado por la sociedad. Porque un hombre que cumple sus promesas, es un hombre de fiar, es un hombre razonable, es un hombre *bueno*. ! Cuánta sangre y horror hay siempre en el fondo de las cosas buenas! El hombre, a quien se ha educado para que sea un animal capaz de hacer promesas, tiene un gran temor de romperlas, de no cumplirlas; cada vez que comete una infracción, la angustia y el temor que siente dentro de su corazón y de su mente, lo llevan a la necesidad

imperiosa de desear reparar el daño y la única manera de hacerlo, es pagando. Todas las reglas, todas las prohibiciones, todos los deberes han sido grabados en su alma con tanta fuerza —la fuerza del dolor—, que ya hacen parte de lo más profundo de su ser. Si se siente culpable es porque algo debe: **“...el capital concepto moral <<culpa>> procede del muy material concepto <<tener deudas>>”**.¹²

Tenemos muy arraigada la idea de una equivalencia entre *prejuicio* y *dolor*: el que causa un prejuicio tiene que pagar; hay una correlación entre el que ofende y el ofendido, es decir, entre acreedor y deudor; el deudor paga con lo que puede y el acreedor desea recibir el equivalente de lo que se adeuda; si el deudor no posee nada, el acreedor se sentirá más que satisfecho —aunque sea— con un dolor del deudor.

“ ¿De dónde ha sacado su fuerza esa idea antiquísima...la idea de una equivalencia entre prejuicio y dolor? de la relación contractual entre acreedor y deudor que es tan antigua como la existencia de <<sujetos de derechos>> y que, por su parte, remite a las formas básicas de compra, venta, tráfico, cambio, comercio y tráfico”.¹³

Desde las épocas más antiguas, estas transacciones comerciales se han realizado en todos los confines de la tierra; desde entonces, se hacen promesas, se proponen intercambios, se tiene que confiar en la palabra y por lo tanto, se tiene que hacer una memoria, no es lícito olvidar. El deudor para tranquilizar a su acreedor y dar fuerza y respaldo a su promesa, da como prenda, como prueba de sus intenciones de restituir el préstamo, algo que todavía posee: su casa, su ganado, sus enseres, su tierra...su mujer, sus hijos, sus recuerdos, sus sueños, su vida, o bajo determinados supuestos religiosos, incluso la paz de su alma, su bienaventuranza y hasta la paz en el sepulcro.

10 Nietzsche, Frederick, *La Genealogía de la moral*. Alianza Editorial, pág.69.

11 Ibid, pág. 70.

12 Ibid, pág. 72.

13 Ibid, pág. 72.

En Egipto, donde se le daba enorme importancia a la muerte, ni siquiera en el sepulcro podía el deudor encontrar reposo ante el acreedor. Si moría debiendo y su familia no tenía con qué respaldar la deuda, perdía todos sus derechos de muerto: el derecho a entrar en la casa de la muerte y ser arreglado por los embalsamadores oficiales, el derecho a ser enterrado en el Valle de los Muertos, el derecho a que Osiris pesara su corazón en la balanza y el derecho a descansar en paz al lado de Amón. En muchos otros países, el acreedor podía irrogar al cuerpo del deudor todo tipo de afrentas y de torturas, por ejemplo cortar de él tanto como pareciese adecuado a la magnitud de la deuda y basándose en este punto de vista, muy pronto se fue negociando hasta llegar a tasaciones legalmente establecidas de cada uno de los miembros y partes del cuerpo.

En lugar de una ventaja directamente equilibrada con el prejuicio —es decir, en lugar de una compensación en dinero, tierra, posesiones de alguna especie—, al acreedor se le concede, como restitución y compensación, una especie de sentimiento de bienestar, el poder de bienestar del hombre a quien se le ha permitido descargar su poder, sin ningún escrúpulo, sobre un impotente; el poder de *hacer el mal por el placer de hacerlo*, y se institucionaliza, para tranquilidad y satisfacción del acreedor —sobre todo del acreedor perteneciente a las clases más bajas— un derecho que nunca pensó llegar a poseer: **el derecho a la crueldad**. ¿Cuál es la esencia y significado de la crueldad? La crueldad es uno de los más antiguos goces de la humanidad, parece formar parte de la esencia del hombre, ser un instinto básico en él; es muy grande el placer de ver el sufrimiento, pero es más grande aún el placer de hacer sufrir. En los pueblos originarios fuertes, este placer de hacer sufrir era una alegría muy grande, que se expresaba jubilosamente; en los pueblos civilizados, esta alegría al ver el dolor subsiste, pero de una manera oculta, disimulada, incluso en la práctica penal: “...**la crueldad constituye**

en alto grado la alegría festiva de la humanidad más antigua, e incluso se halla añadida como ingrediente a casi todas sus alegrías”¹⁴

La crueldad es un trasfondo oculto de la cultura humana, el hombre es siempre bestia, pero bestia sanguinaria, porque si los animales solo matan por necesidad o para defenderse, el hombre mata y tortura por placer; le gusta el olor a sangre.

Los dioses son adversos a nuestra dicha y propicios al ver nuestro dolor, su circo y pasatiempo es el espectáculo de las miserias humanas; el hombre desea y debe parecerse a los dioses para poder sentir “...**esa anti-quisísima y hondísima alegría festiva, necesita espiritualizar y divinizar la crueldad**”.¹⁵ ¿Si los dioses disfrutaban con ella, por qué el hombre no? Se sacrifica y se tortura por los dioses, por las cosechas, para pedir, para dar gracias, cuando estamos tristes, cuando estamos de fiesta; es decir, siempre buscamos un pretexto para la crueldad, porque el dolor y la sangre gratifican al hombre. ¿Qué podemos pensar de los jóvenes cretenses sacrificados al minotauro en el laberinto de Creta, de las muertes floridas de los aztecas en las cuales ofrecían a su dios más de mil corazones palpitantes, de las vírgenes que eran arrojadas al volcán para apaciguar a ese dios de fuego, de los autos de fe en nombre del Señor? “**Sin crueldad no hay fiesta: así nos lo enseña la más antigua, la más larga historia del hombre !y también en la pena hay muchos elementos festivos!**”¹⁶

Pero hubo menos maldad en la época en que los hombres no se avergonzaban de su crueldad; cuando el hombre empieza a avergonzarse de sí mismo, cuando aprende a avergonzarse de todos sus instintos, es cuando realmente aparece la época de mayor maldad del género humano. Hoy, la crueldad causa más daño que antes pues al avergonzarnos de ella, al querer ocultar la alegría que nos produce, hemos desarrollado una facultad de engaño que es como una negación a la vida y además, hemos ido crean-

14 Ibid, pág. 76.

15 Ibid, pág. 78.

16 Ibid, pág. 79.

do de manera oscura, pantanosa, la necesidad de justificar nuestra maldad por medio de la invención de dioses y de seres intermedios, habitantes de las nubes y de los bosques, de las aguas y de las grutas, de la razón, de la ciencia, de la patria, de la ciudad, a quienes podemos utilizar como excusa para poder disfrutar del dolor. *“Está justificado todo mal cuya visión es edificante para un dios” “Los dioses pensados como amigos de espectáculos crueles.”*¹⁷

Para que los dioses no perdieran el interés por el espectáculo de la miseria humana, el hombre tenía que inventar continuamente algo novedoso, apasionante; no se podía ofrecer un mundo pensado de manera completamente determinista, pues esto hubiera resultado fastidioso y aburrido para ellos. Se vivía y se moría por el espectador; se tenían muchas consideraciones con él pues el mundo era hecho para los ojos —igual a como sucede el día de hoy, con el agravante de que hoy tenemos radio, televisión y prensa—, por lo tanto la felicidad debía estar llena de espectáculos y fiestas.

A manera de conclusión, vemos que es importante para la sociedad que el individuo esté en permanente deuda y que nunca olvide esa deuda:

*“Compra y venta, junto con todos sus accesorios psicológicos, son más antiguos que los mismos comienzos de cualesquiera formas de organización social y de cualesquiera asociaciones: el germinante sentimiento de intercambio, contrato, deuda, derecho, obligación, compensación fue traspasado, antes bien, desde la forma más rudimentaria del derecho personal a los más rudimentarios e iniciales complejos comunitarios (en la relación de éstos con complejos similares), juntamente con el hábito de comparar, de medir, de tasar poder con poder”.*¹⁸

El contrato y la deuda mantienen el equilibrio de la sociedad. Es una forma de crueldad refinada, de maldad que se interioriza como defensa de la sociedad ante un enemigo interior. Al ser humano siem-

pre le gusta que le deban algo; esto se refleja también en las relaciones al interior de la sociedad. ¡Siempre debemos algo a la sociedad, siempre la sociedad nos cobra algo! Eso es lo que mantiene el equilibrio social, eso es lo que supuestamente mantiene la justicia y la paz:

*“La justicia en este primer nivel, es la buena voluntad entre hombres de poder aproximadamente igual, de ponerse de acuerdo entre sí, de volver a <<entenderse>> mediante un compromiso —y con relación a los menos poderosos, de forzar a un compromiso a esos hombres situados por debajo de uno mismo”.*¹⁹

Existe un contrato que permite el equilibrio entre las fuerzas que actúan dentro de la sociedad; de lo que se trata es de que ese equilibrio no se rompa. El delincuente y el infractor aceptan su deuda, porque con ello logran su paz interior, al tiempo que la paz con la sociedad. Independientemente del daño, el delincuente ha infringido, ha quebrantado *“...frente a la totalidad, el contrato y la palabra con respecto a todos los bienes y comodidades de la vida en común, de los que hasta ahora había participado”.*²⁰

La crueldad refinada, la maldad contractual es requerida para producir la memoria de la deuda; el contrato, a su vez recuerda permanentemente la deuda; por esto, el delincuente y el infractor, no solo pierden bienes y ventajas, sino que con la pena se les recuerda la importancia que esos bienes tenían: *“La <<pena>> es en este nivel de las costumbres, sencillamente la copia, el mimus (reproducción) del comportamiento normal frente al enemigo odiado, desarraigado, sojuzgado, el cual ha perdido no solo todo derecho y protección, sino también toda gracia; es decir, el derecho de guerra y la fiesta de victoria del vae ciclis (!ay de los vencidos) en toda su inmisericordia y en toda su crueldad: así se explica que la misma guerra (incluido el culto de los sacrificios guerreros) haya producido todas las formas en que la pena se presenta en la historia”.*²¹

¹⁷ Ibid, pág. 78.

¹⁸ Ibid, pág. 80.

¹⁹ Ibid, pág. 81.

²⁰ Ibid, pág. 81.

²¹ Ibid, pág. 82.

La guerra no se hace para exteriorizar la fuerza hacia el exterior, se hace para mantener el equilibrio reactivo hacia el interior; es por ello que quien comete una agresión lo hace contra toda la sociedad, rompe el equilibrio del contrato y por ello acepta la pena. El equilibrio de fuerzas no es nunca una pacificación total, siempre estará ese equilibrio en peligro de romperse, porque es una relación constante entre mandar y obedecer —en la vida todo es mando y obediencia— y de la misma manera en que lo reactivo en un momento dado, se convierte en activo, esta relación solo busca sojuzgar al otro, manteniendo siempre la deuda. La indiferencia es un mirar desde fuera, es intentar no ser culpable; así se separa la acción de la infracción, del delincuente. Por ello, la cárcel no es un lugar para hacer sentir al individuo culpable, tampoco es un lugar para rehabilitarlo. La cárcel es parte de la maquinaria, del esfuerzo que se hace para que los individuos recuerden y con su presencia, recordemos una y otra vez nuestra culpa, más no nuestra culpabilidad.

Esa maquinaria del poder es la que reprime cosas y su interés está en que el delincuente sea parte de esa maquinaria. La cultura también es una gran maquinaria de poder, el poder está en la estrategia; la estrategia consiste en nunca mostrar todo de una vez, todo debe ser paulatino y veladamente, porque de no ser así, el poder se pierde. Vemos pues que la sociedad es una gran cárcel, que aplica penas constantemente, pero dentro de la cual — y debido a que el hombre es *el ser que mide valores, que tasa y mide como el animal tasador en sí*, como vimos al comienzo—, todo se puede negociar, todo se puede comprar, todo se puede cambiar, todo se puede adecuar, según mi utilidad y mi conveniencia.

El proceso de constitución de la pena no va acompañado de una idea de finalidad o utilidad, se produce por una síntesis de sentidos en donde uno de ellos, la utilidad, se va imponiendo sobre los otros hasta parecer que los ha borrado; por ello, la pena no significa ahora el cobro de una transacción rota,

sino el sentido de intimidar. Cada valoración que una sociedad haga de la infracción y su castigo correspondiente, estará siendo considerada en últimas como utilidad, ya sea la de despertar en el acusado un sentimiento de culpa, ya sea porque representa un peligro potencial contra las normas instituidas (líderes), ya sea para que sirva de ejemplo para otros posibles infractores. La pena podrá verse como una forma de domesticación del hombre, pero nunca, para hacerlo moralmente mejor.

El hombre valora desde su punto de vista, interpreta desde sus afectos y desafectos, desde sus excesos y desde sus carencias, desde sus propios pecados y culpas, y sus juicios estarán siempre orientados hacia lo que es útil para él. Un hombre con el poder — hombre al fin—, hará lo que sea necesario para preservar el poder que posee, aún a costa de quien sea, porque si se tiene el poder, es porque se es bueno y los que no lo poseen son los malos; los que atentan contra ese poder deben ser castigados y la pena no será de acuerdo al delito cometido, sino en proporción a lo agraviado o amenazado que se sienta el hombre que posee el poder. Las que amenazan y agravian nunca serán las acciones por buenas o malas que sean, la amenaza y el peligro están en el hombre, en ese otro, en el que piensa diferente a mí, en el que puede quitarme el poder.

“Aquí entra el delito, no el hombre”, otra gran mentira para una sociedad cuya moral parece manejada por las tendencias de la moda y no por la razón.

Bibliografía

- Arendt, Hannah, *La Condición Humana*, Ediciones Piados, 1993.
- Hume, David, *Investigación sobre los principios de la moral*, Alianza editorial, 1993.
- Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, Alianza Editorial, 1994.
- *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, 1995.
- *Así hablaba Zaratustra*, Editorial Panamericana, 1993.
- *El Anticristo*, Alianza Editorial, 1993.